



SUMARIO.

6 *Tecto.*—Benito Juárez y Méjico.—Crónica, por F. Costa.—El capitán Erradio, por A. Montaut.—En el album de la señorita de M***, por J. Gutierrez y Abascal.—La primera yerba de la primavera, por V. Celom.—La cocina popular de Nápoles.—Las antipatías, por M.—El proceso de Galileo.—Costumbres, por F. Costa.—El reloj de Juanita, por Julio de Mendoza y Palafox.—Sección científica.—Sección amena.
Grabados.—Benito Juárez, (Presidente de la república de Méjico).—Ortiza (Méjico).—La primera yerba de la primavera.—La cocina popular de Nápoles.

CUARTOS NUMERO SUELTO.—MADRID Y PROVINCIAS.

CALENDARIO DE LA SEMANA.

Domingo....	25	S. Marcos Evangelista.
Lunes.....	26	Sts. Cleto y Marcelino m.
Martes.....	27	S. Pedro Armengol.
Miércoles....	28	S. Acasio mr. y s. Vidal.
Jueves.....	29	S. Pedro mr.
Viernes.....	30	Sta. Catalina de Sena vg.
Sábado.....	1	S. Felipe y Santiago.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En toda España con opcion al regalo de la carpeta.—Un año, 32 reales.
Colonias Españolas y Extranjero.—Un año, 80 rs.
En las demas naciones fuera de Europa.—Un año, 100 rs.
Se suscribe en su Administracion, calle de Prim, 33, bajo, y en las principales librerías del reino y extranjeras.
ANUNCIOS.—Para la segunda mitad de la última plana, 2 reales linea.

MADRID Y PROVINCIAS.—NÚMERO SUELTO,

6 CUARTOS.

AÑO III.—DIRECTOR, D. F. COSTA.

Madrid 25 de Abril de 1869.

ADMON., CALLE DE PRIM, 33.—NÚM. 8.

BENITO JUAREZ

Y MÉJICO.

La república de Méjico es una gran nacion situada al Sur de los Estados-Unidos de América, se extiende sobre las dos costas del continente americano, entre los dos Océanos; es un país rico en minas de oro y plata; su suelo es generoso; desgraciadamente desde mucho tiempo está enteramente devastado por las guerras intestinas y por guerras civiles, y todos los habitantes habian perdido la seguridad y el bienestar.

A principios del siglo xvi, Méjico era el estado mas civilizado de América; imperaba en él Montezuma, cuando los españoles, conducidos por el intrépido navegante Hernan Cortés, hicieron su conquista en 1519.

Un historiador cuenta que al llegar Cortés á la capital del imperio, se quedó deslumbrado ante las riquezas de la ciudad y sobre todo de los palacios imperiales. Deseoso de disfrutar pronto de su conquista y partir con sus compañeros los tesoros que suponía haber escondidos, puso á la tortura al emperador Montezuma y á su yerno Guatimozin.

Este gemía, se quejaba y lloraba; Montezu-



BENITO JUAREZ, (Presidente de la República de Méjico.)

ma, á pesar de sus sufrimientos, le contestó: —¿Te figuras que yo estoy en una cama de rosas?

Esta anécdota da una idea exacta de la energía de la raza azteca.

A principios del siglo xix, empezó la guerra de la independencia mejicana. Pero los alborotos y las revoluciones abortaron, y España, á pesar de hacer respetar su autoridad en aquella colonia, la emancipó en 1821.

Desde aquella época, una continua série de guerras intestinas, luchas, combates, asesinatos, espoliaciones, en fin, todo lo que pueda sufrir el país desgraciado que recupera de un golpe su libertad, ha venido sucediéndose en aquel Estado; no habia ya seguridad para nadie; los europeos que tenían el triste pensamiento de ir á fijar su residencia en Méjico, sufrían toda clase de engaños. En 1838, el príncipe de Aumadlé, hermano del duque de Montpensier, bombardeó y se apoderó de San Juan de Ulloa; mas tarde, Raousset-Boulbon á la cabeza de algunos franceses, hizo una tentativa infructuosa en la Sonora; en fin, en 1862, España, Francia é Inglaterra, enviaron tropas á Méjico para vengar los insultos hechos

á sus nacionales. Inútil es ya contar los sucesos posteriores á esta fecha; nuestros lectores conocen ya todas las diferentes fases de aquella guerra, que se ha terminado tan desgraciadamente con el drama de Querétaro.

D. Benito Juárez, actual presidente de la república de Méjico, célebre ya antes de la invasion francesa, nació en Oajaca el año 1802. Era como Abraham Lincoln, hijo de una familia pobre, pero su talento, su amor al estudio y su constancia en el trabajo, le hicieron acreedor á tal consideracion, que á los veinte años era ya abogado y gozaba de una reputacion envidiable en su ciudad natal.

Empezó su carrera política ejerciendo las funciones de diputado en la legislatura del Estado, siendo mas tarde elegido miembro del Congreso constituyente.

La fortuna política y la popularidad de Juárez datan de la época en que se reunió este Congreso, haciendo adoptar, durante su permanencia en el ministerio de Justicia, la ley de la «abolición de los privilegios eclesiásticos y militares,» que lleva su nombre.

En 1857 fué nombrado presidente del Tribunal supremo, que venia á ser vicepresidente de la república.

Pocos meses despues hizo dimision el presidente Ignacio Commofoort, y Benito Juárez fué llamado á reemplazarle. Pero las fuerzas del gobierno, designadas con el nombre de ejército nacional, fueron batidas por los generales Zuloaga y Miramon, y el nuevo presidente se vió precisado á abandonar á Méjico y trasportar á Guadalajara el lugar de su gobierno.

A Juárez no le abandonó la constancia, é hizo su entrada en Méjico en el mes de Enero de 1861, siendo reelegido poco despues presidente de la república por un nuevo término de cuatro años.

El Congreso mejicano declaró, en 17 de Julio de 1861, que suspendía por dos años los pagos que la república debía hacer á los acreedores extranjeros. Esto dió despues origen á una intervencion por parte de algunas naciones europeas, y en su virtud publicaron el 16 de Abril de 1862 una declaracion de guerra contra el gobierno del presidente Juárez, y el 18 empezaron las hostilidades. Conocida es de todos la dignidad con que procedió España en aquella ocasion.

Rendida Puebla el 18 de Mayo de 1863, el ejército francés avanzó sobre Méjico; Juárez abandonó la capital, transfiriendo el sitio de su gobierno á San Luis de Potosí, y el 10 de Julio de 1863 ocupaba el trono el archiduque Maximiliano.

Vencido Juárez en el Oeste, supo encontrar en las provincias del Norte recursos inesperados para continuar la resistencia y obtener el triunfo.

Desde Matamoros y desde San Luis de Potosí, ejerció Juárez sobre el territorio de la república mas influencia que los vencedores desde Méjico. Sus órdenes, trasmitidas por emisarios activos, eran obedecidas en todas partes. En la misma capital tuvo siempre inteligencias, amigos leales, partidarios ardientes, que nunca desesperaron del triunfo de su causa.

La energia de Juárez no desmayó nunca; con una fé ciega en los destinos de la república, con una perseverancia incansable que no retrocede ante los reve-ses, prosiguió valerosamente el rudo trabajo de la restauracion. Despues de una derrota, volvía con mas vigor al combate. Cuando mas desalentado se le creía, cuando se le juzgaba emigrado á los Estados-Unidos, sorprendió á los imperialistas con un rasgo de entereza que algunos calificaron de locura.

Concluía el período de su administracion; hallábase en las fronteras extremas de la república, en el paso del Norte, sin generales, casi sin soldados, inquietado además por la rivalidad del general Ortega, que aspiraba á sucederle en la presidencia, y en ocasion en que los soldados del imperio triunfaban por todas partes. En tan desfavorables circunstancias, otro, menos audaz, hubiera dado por perdida su causa. Juárez no; el 30 de Julio de 1865 publicó un decreto manifestando que continuaría su presidencia hasta que las circunstancias permitieran una nueva eleccion.

Conocido el carácter de Juárez y la actitud de la gran mayoría del pueblo mejicano, no era difícil prever el desenlace. La expedicion duró seis años, retirándose el ejército francés, principal apoyo de Maximiliano, precisamente en los instantes en que Juárez,

repuesto de sus pasados descalabros, daba un impulso decisivo á la resistencia. Todos sabemos los acontecimientos que se sucedieron despues, y la catástrofe de Querétaro.

No es de nuestro cometido apreciar los actos de Juárez, ni comentar la suerte del infortunado Maximiliano; pero pocos hombres han tenido una existencia mas agitada y una carrera política sometida á mas vicisitudes, que el actual presidente de la república mejicana.

CRÓNICA.

Júroos, amados lectores de *EL NUEVO SIGLO*, que por nada de este mundo quisiera yo ser diputado de las actuales Cortes Constituyentes.

¿Quereis saber la agradable vida que pasa en Madrid un diputado constituyente?

Escuchad y temblad:

Son las ocho de la mañana. Morfeo mece en su seno las ilusiones del diputado X^{mo}.

El diputado X^{mo} ha pasado una noche agitada. Ha pronunciado un brillante discurso *improvisado*, fruto de cinco noches de estudios y desvelos, y los pícaros periodistas han tenido la crueldad de reirse á carcajadas, y en la cámara se ha levantado una horrible tempestad de voces y cuchicheos. Y todo ¿por qué? Porque hablando un diputado del joven que asesinó á Julio César, se levantó el señor X^{mo} y pidió la palabra para una alusion personal, pronunciando con este motivo el mejor discurso de su vida. Pero Morfeo habia sido compasivo y le habia hecho creer en risueño porvenir, y el diputado X^{mo} se veia... ministro, presidente... y luego rey.

Despiértase el señor X^{mo} y se encuentra con que en la sala le están esperando varias personas. Un primo del hermano de la mujer del cacique del pueblo que, usando del Sufragio universal, le nombró su diputado, y que pretende un destinillo, aunque no sea mas que de gobernador de provincia; un representante del club de las Magdalenas, que viene á entregarle para su presentacion en la cámara popular, una proposicion pidiendo la abolicion de las suegras; y un autor de biografías.

Da esperanzas al pretendiente, promete presentar la proposicion y se queda solo con el autor de biografías.

Este le pide datos para escribir la de X^{mo} y además su retrato, para entregarlo al dibujante de la empresa editorial.

El señor X^{mo} entrega su fotografia y promete enviar la biografía ya hecha por un *amigo* que se ha empeñado en escribirla.

Marcha el autor, y el señor X^{mo} almuerza; pero durante esta necesaria operacion, recibe aun tres ó cuatro visitas de pretendientes y otro autor de biografías. Vístese y se dispone á salir; pero en la puerta tropieza con un repartidor que le trae las tres primeras entregas de *La fisonomía de los diputados*, y el prospecto de *La vida y milagros de los elegidos del pueblo*. Las toma, paga y sale; pero en la escalera encuentra al editor de *Las biografías maravillosas* que viene por datos...

Esto de las biografías es una pesadilla insoportable. Figuraos qué biografías se han de hacer de individuos que, como el señor X^{mo}, solo han hecho lo siguiente: Nacer en el año tantos... ir á la escuela, recibir sendos azotes por su desaplicacion y poco juicio; emprender la carrera de abogado, haber sido empleado con Narvaez, con O'donnell y con Espartero. Haber tomado una parte *moral* en el último alzamiento; tener fincas y... haber sido electo diputado por... el *Sufragio universal*.

Pero la cuestion de biografías es un negocio, y nada me extraña que haya tres ó cuatro empresas que

exploten la vanidad y la curiosidad, debilidades humanas que se prestan á ello.

Nuestro señor X^{mo} diríjese á los ministerios, activa la colocacion de sus amigos y los compromisos contraídos con sus electores, y en todo esto se le va el tiempo y recuerda que tiene que asistir con puntualidad á la sesion, bajo pena de un severo sermón del rígido presidente.

Llega á las Cortes, se abre paso entre dos filas de amigos y de pretendientes, y consigue por fin sentarse en el banco de la paciencia.

Vota cuando votan sus amigos. Se levanta y se sienta veinte veces; sale á tomar un pastelillo. Vuelve á votar, y á las siete ó á las ocho vuelve á su casa á comer.

Allí le aguardan dos pretendientes, un correligionario y un autor de biografías.

El señor X^{mo} no recibe á nadie porque tiene hambre, y á las nueve se reúne la comision para asuntos importantísimos.

De la comision sale á la una y marcha á *La Iberia*, y allí con otros diputados se pone de acuerdo para la marcha que el día siguiente debe llevar.

A las dos de la mañana vuelve á su casa y Morfeo se apodera de él, hasta que al otro día lo entregue á hacer próximamente lo mismo.

¡Qué tal la vida del diputado!

Así, pues, os ruego, amados lectores, que nunca jamás os acordeis de mi nombre para favorecerle con vuestros sufragios.

Hace calor. Aún no tenemos rey. Esta interinidad nos va á partir. Se destruye y no se construye. Se habla mucho y se hace poco, etc., etc., etc.

Hé aquí la crónica de la pasada semana.

FERNANDO COSTA.

EL CAPITAN ERRADIO,

ó

QUERER NO ES AMAR.

(Conclusion.)

Fatmé estaba apoyada, las manos cruzadas sobre mis hombros; su mirada fija é incierta vagaba en un horizonte sin principio ni fin, y saliendo de su letargo:

—Vamos, dijo, y me arrastró sin saber cómo, hacia el camarote.

Sentados que estuvimos sobre el lecho, me cogió las manos entre las suyas:

—¡Oh, Erradio! ya tenia yo un secreto presentimiento de que habíamos de morir juntos...

—No está todo perdido aún; mis hombres no nos abandonarán de este modo, y de seguro vendrán á arrancarnos á la muerte horrible que nos amenaza.

La noche entera pasó en una dulce conversacion.

El día llegó, y con él el hambre.

Entonces solamente recordé que no quedaba en la corbeta ninguna provision de boca. Sin embargo, me levanté y empecé á recorrerla en todos sentidos; y despues de una hora de rebuscas volví con dos galletas sicias, que los ratones habian empezado ya á roer, una botella de rom y una docena de cigarros.

Fatmé no experimentó sensacion ninguna al ver el poco éxito de mi tornada.

A mediados del día, el hambre la obligó á pedirme una galleta. Se la di despues de haberla humedecido con un poco de rom, y la vi desaparecer en un instante en aquel cuerpo tan débil y tan quebradizo, acostumbrado á un alimento mas delicado. Yo me contenté con un vaso de rom y un par de cigarros.

Tras el hambre vino la sed; pero no quedaba en la corbeta ni una sola gota de agua.

Entregados cada cual á diferentes pensamientos, el sueño vino poco á poco á pesar sobre nuestros párpados y á hacernos olvidar, por un momento, nuestros dolores físicos y morales.

Al otro día, el sol estaba ya muy alto cuando desperté. Me aproximé a la camilla de Fatmé; una respiración sorda y ronca salía de su garganta; sus labios se abrían por intervalos y daban salida a palabras incoherentes; todos sus miembros se agitaban bajo una impulsión desigual e interrumpida. Cogí sus manos ardientes; el pulso latía con una extremada velocidad. Aproveché esa prolongación del sueño, si se puede llamar así a esa especie de pasado abatimiento en que la mente se encuentra en lucha con la fatal realidad, para dar una nueva vuelta por los menores rincones de la *Pantera*.

Pero no pude encontrar nada, ni pan ni agua! Nada! Cuando volví al camarote, encontré a Fatmé en el suelo, cerca de la puerta. Al verme exclamó:

—¡Oh! qué susto me has dado! mi querido Erradio! ¿Dónde estás?

Habla... no... abrázame, no... dame agua... dame pan...

Sin responder, la di la galleta que me quedaba, la que desapareció en un instante; era la última que comía... la infeliz... Luego me pidió agua. Imposible sería hacerle sentir lo que pasó en mí a esa pregunta; lo que recuerdo es que le confesé, no sé como, que no existía en la corbela ninguna otra bebida que la botella medio vaciada de rom que tenía al lado. Entonces, sin contestar, la cogió, se la llevó a los labios y tragó con delicia todo su contenido. El colorado y el calor le subieron al rostro; dejó caer la botella, me enlazó con sus brazos, luego los aflojó poco a poco y se dejó caer en la camilla, exclamando:—¡Oh! cuánto bien me ha hecho ese rom! ¿dame mas aún? tengo sed todavía...

Y yo la escuchaba distraído, buscando en mi mente un medio para hacer una bebida cualquiera. Ese medio, le encontré, el medio desesperado que toma todo ser en una posición tan crítica, ese último medio le puse en práctica, pero no me valió.

Me había quedado sentado a la cabecera del catre, admirando ese rostro angelical, luego pasando la mano entre su undosa cabellera, luego besándola las manos...

Quise imitar a Fatmé, pero en vano; toda la noche la pasé en la misma posición, pensando en cualquier medio de salvación, pero en vano. Ya no podía contar con el socorro de los marineros; quizá habrían tenido una suerte peor que la nuestra y habrían perecido amortajados por las olas.

Después de una noche larga y lúgubre el día vino, y triste coincidencia! ese día que aparecía despejado y radiante, ese día murió Fatmé, ese día murió la *Pantera*, y yo también ese día he muerto para el mundo!

Y el capitán rompió a llorar.

—¡Oh! se lo quiero contar todo! exclamó, ¡todo!

Al dirigir mi vista sobre Fatmé, la encontré livida; su pulsación estaba casi enteramente paralizada; la llamé, pero ni una palabra, ni siquiera un suspiro me respondió.

Tomé su cabeza entre mis manos, y, apoyándola sobre mi pecho, quise comunicarle mi aliento.

A este aliento Fatmé abrió los ojos, sus ojos brillantes, dotados en aquel momento de una fuerza sobrenatural. Su rostro era pálido y enflaquecido, pero sus carrillos estaban cubiertos de vivo y brillante encarnado. Se levantó despacio con la lentitud de una fantasma.

—¡Oh Erradio! suspiró, con una voz dulce y apagada; tú eres mío, tú eres mi amante, mi amante adorado, el solo ser de la tierra que he amado con toda mi alma.

Tú, ¡oh! tú, dijo, enderezándose con orgullo, tú eres mi amante, ¿no es verdad? Cada mirada tuya es para mí un placer y un tormento, y luego tus caricias queman y embriagan... ¡Oh, tus caricias! desde ese día en que, temiendo la muerte, me he dado a ti, toda a ti, siempre las he sentido... ¡Tus caricias! todavía siento su impresión... Desde aquel día, mi vida no ha sido mas que un incesante deleite... Pues, tus besos... todavía los tengo en los labios... Mira, Erradio, ¿ves este cuarto azul? este es el mío... no, el tuyo... porque ahora estamos unidos ya por unos lazos sagrados, inviolables... Estas flores que te gustan, yo las

he puesto en sus vasos de alabastro, yo cuido de ellas... Ven, amante mío, pues tú eres mi amante... Dame el brazo, vamos a pasear en nuestro jardín, descansaremos en el pabellón... Yo no quiero mezclarme con el mundo; ¿qué me importa su desprecio? A mí no me hace falta el mundo para decirte: ¡tú eres mi vida, mi alma! ¿Qué me importa el mundo?... el mundo, eres tú... Ven, Erradio, ven a morir conmigo para volver a vivir y morir todavía en medio de nuestra común felicidad. Desde que te amé, Erradio, no pienso mas que por tí y en tí; desde entonces no es la sangre que circula en mis venas. Oh! ven, Erradio, ¿qué esperas? Ven!..

Y al decir estas palabras, tendió sus manos hacia mí, y se dejó caer hacia atrás.

Con un esfuerzo supremo, me arrojé sobre ella; su pulso había cesado completamente de latir, sus labios se habían vuelto blancos, sus mejillas heladas; había dejado de existir...

No recuerdo lo que sucedió entonces; creo que me quedé completamente anonadado durante algunas horas.

Cuando abrí los ojos era de noche... no se distinguía nada mas que el sordo embate de las olas; mis manos, tendidas sobre el cuerpo helado de Fatmé, buscaban en vano una pulsación, un movimiento cualquiera, en fin, algo que respirara la presencia de un ser, otro que yo... detenía mi respiración para ver si no distinguía al menos algún ruido cercano... un ratón, una mosca, un mosquito, cualquier efímero, le hubiera bendecido... pero nada... los latidos de mi corazón por testigo... y el ruido lúgubre de las aguas por horizonte... Tuve miedo.

Como un desesperado me arrojé fuera del camarote. Llegado sobre cubierta, empecé a pasearme para tratar de calmar un poco la agitación febril que se había apoderado de mí, pero inútilmente. La imagen de Fatmé se levantaba, ante mí como un fantasma, parecía reprocharme mi amor a todo lo que era fuera de ella, me acusaba de su muerte... la idea de la muerte se apoderó de mí; al irme a dejar caer en el abismo, levanté los ojos al firmamento, tomando el cielo como testigo de mis hechos. Al ver esa inmensidad estrellada, me quedé en contemplación, pensé en el brazo Todopoderoso que las tenía suspendidas, hasta que he visto todos los luceros desaparecer uno tras otro ante los rayos del astro del día.

Luego, sin echar ninguna mirada retrospectiva, volví a emprender mi paseo interrumpido; mas no pude dar ni veinte pasos; hacia dos días que no había probado ningún alimento y el hambre empezaba a devorarme.

Largo rato me quedé en esta posición, pero no pudiendo ya vencer ese terrible espectro, me arrastré con sacrilega intención hacia la camilla en que descansaba el cuerpo de Fatmé. Llegado allí, las fuerzas me faltaron para cumplir mi designio criminal, y, cogiendo el borde de la sábana, cubrí enteramente el cadáver.

Me senté sobre un baul y la cabeza apoyada entre las manos, caí en una especie de sueño doloroso, atormentando de nuevo a mi mente para obligarla a sugerirme un medio de alimento cualquiera, sin recurrir a la profanación.

Pero algunas veces sucede que el espíritu, hallándose sometido a duras influencias de fuera, llega a encontrarse en un estado tal de postración, que nos niega la menor ayuda; esto me sucedía entonces.

Si un testigo invisible me hubiera observado, hubiera visto mi cabeza levantarse de repente, como obrando bajo la presión de un resorte. Una idea venía de cruzar mi mente.

Me quité las botas que junté con una correa y algunos pedazos viejos de cuero, y metí todo en una olla. Grande y terrible fué el esfuerzo que tuve que hacer para ir en busca de cerillas, y en vez de estas volví al camarote con dos pedazos de leña. Las cerillas, así como los víveres, habían desaparecido. Quise recurrir a los medios primitivos y sacar algunas chispas de la madera, rozando fuertemente los dos pedazos uno contra otro, pero todos mis esfuerzos se vieron frustrados; la leña era húmeda y mi cuerpo era completamente inerte.

Desesperado, me dejé caer adelante sobre la cama

en que descansaba el cuerpo de Fatmé. Mi cara tropezó con un obstáculo que tenía la forma de un palo; entraron en mi boca dos cosas duras, las que impidieron la salida de los sollozos que sublevaban mi pecho... cerré los ojos, apreté los dientes, levanté la cabeza y esas dos materias duras se deslizaban una tras otra en mi garganta... ¡cuán delicioso era aquel manjar! Por segunda vez mi cabeza se inclinó hacia la cama y volvió a levantarse con la boca llena de otra materia mas tierna, que fué a reunirse con la primitiva; otras dos veces volví a repetir maquinalmente el mismo movimiento ascendente y descendente, y luego mis ojos se abrieron.

La primera cosa que vieron fué, enfrente de mí, una cara ensangrentada que no tenía nada de humano. Esa cara me dió miedo y mis ojos volvieron a cerrarse; y por quinta vez mi cabeza se inclinó, y por quinta vez mi cabeza se volvió a levantar, y por segunda vez la misma imagen vino a herir mi vista. Al observarla detenidamente, di un paso hacia atrás, me pasé la mano por los ojos, y la fatal imagen me miraba siempre fijamente. Lleno de furor me precipité sobre ella, le envié un puñetazo, el ruido de un espejo roto se dejó oír y la cama se encontró cubierta de pedazos de cristal.

El ruido que produjo la fractura me hizo volver en mí.

Ante mi vista estaba tendido el cuerpo de Fatmé... le faltaban dos dedos de la mano derecha... una parte del brazo... un pecho... y, sin embargo, su rostro me sonreía...

Un gran espanto se apoderó de mí y me precipité fuera del camarote...

Al último escalón, tropecé y caí para no volverme a levantar. No puedo decirle a V. cuánto tiempo me quedé en esa posición.

Una cosa fría me hizo volver en mí. Abrí los ojos y me encontré en medio de las olas rodeado de los destrozos de la *Pantera*. Mi primer pensamiento fué el dejarme deslizar al fondo de la mar; pero la naturaleza, que habla en ese momento extremo, la conservación de la vida mas aún cara en esos instantes supremos, tuvieron mas fuerza y vencieron mi desesperación. Me agarré a una tabla, y apoyado en ella empecé a nadar con todo el vigor de que eran capaces mis débiles miembros.

Cuando hube nadado unas diez brazas, un remolino se abrió ante mí, y un tiburón, sacando la cabeza, se dirigió en mi dirección, con la boca abierta.

Con la prontitud del rayo cogí el cuerpo de Fatmé que flotaba a mi lado, le empujé y le envié en la boca del monstruo marino. Este le agarró y desapareció con él bajo las aguas.

Por segunda vez Fatmé venía a salvarme la vida...

Al cabo de algunas horas, apercibí la tierra y después de un día entero de duros esfuerzos, pude llegar a tocarla.

Aquel sitio estaba desierto; me avancé en el interior; algunas frutas de los trópicos, que encontré, vinieron a reanimar mis fuerzas, y cediendo el cansancio, me dormí al pie de un árbol.

Al despertar me encontré rodeado de algunos negros, cuyo único vestido era un taparabos. Me hicieron entender que estaba en el Cabo y me condujeron a mis marineros.

Estos, después de dos días de incierta navegación, habían llegado felizmente a tierra, y se disponían a volver a su patria en un buque mercante francés.

Aproveché esa misma ocasión, y desde entonces he fijado mi residencia en Santa Marta de Ortiguera.

ALBERTO MONTAUD.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORITA DE M***

Tú eres feliz, el mundo te sonríe,
Y el dolor para tí se torna en dicha;
Pero eres una flor; y aquí las flores
Mas tarde o mas temprano se marchitan.

No obstante, si conservas el aroma,
La pureza y candor que hoy te revisten,
No temas, no, del mundo los rigores,
Que serás una flor inaccesible.

J. GUTIERREZ Y ABASCAL.

LA PRIMERA YERBA DE LA PRIMAVERA.

La yerba sale, ya ostenta al sol primaveral sus tallos débiles aún, doblándose bajo el peso de las gotas de rocío, pero con un color verde, alegre y fresco como la juventud. Las margaritillas y las belloritas se han abierto y asoman ya su divino rostro por entre los tallos del césped. Esta es la hora sagrada, la hora querida de los amantes de la naturaleza, la hora en que su enamorada se ostenta rodeada por los rayos del encanto virginal.

Los artistas entran entonces en campaña. Todos ellos aman á la misma jóven, pero todos ellos la ven bajo diferentes aspectos; y debemos alegrarnos de ello, pues esta variedad de instintos nos procura la diversidad en nuestros gustos artísticos.

Sin fallar en el exceso de los que, bajo el pretexto del realismo, eligen como á intento el lado trivial, los aspectos menos bellos; pero también sin pretender cambiar lo que ha hecho el Criador, con el presuntuoso pensamiento de embellecerlo, como un imprudente que pusiera pendientes á la Venus de Milo, nuestro dibujante ha comprendido el verdadero encanto de nuestros campos. Tenemos horror á la mentira, pero dando un dibujo de la naturaleza, le hemos querido pintar con su lado mas lujuriente. Celosos de su amor, desde hace mucho la estudiamos, y sabemos la hora en que se adorna con todas sus maravillas.

VITE-CELOM.

LA COCINA POPULAR DE NÁPOLES.

La ciudad de Nápoles presenta todos los días en la vía de Basso-Porto un espectáculo extraño y curioso, y que supera á los que también se admiran en el Rastro y en la plazuela de la Cebada. Si otros barrios de la ciudad deben su carácter elegante y particular á los nobles y á los comerciantes ricos que los habitan, la calle de Basso-Porto deben en cambio el suyo al *guappo* napolitano, muy parecido al *majo* de nuestra Andalucía. En este barrio es donde se recrea el guapo, y en donde se entrega á los variados esplendores de las fritadas y de los cocidos; á las delicias de las sandías, á los perfumes de los ramilletes de flores, á los sorbetes á cuarto y al sambuio á ochavo.

La calle de Basso-Porto conduce desde los hermosos arrabales del antiguo Nápoles, hasta los terraplenes del Castillo-Nuevo; tiene veinte metros de anchura; pero apenas puede pasar por ella un carruaje ó una carreta, pues se halla llena de hornillos, de mesas y de utensilios de cocina de

todo género, los cuales constituyen los puestos ambulantes de la cocina napolitana.

El comercio de comestibles dura allí noche y día, y la *maruzze*, especie de concha, que tiene alguna se-

La parte principal de estos puestos consiste en un hornillo, encima del cual hierve á borbotones el líquido que hay en una gran olla ó un perol, que además suele contener una cantidad enorme de *maruzzes* ó conchas. La instalación de estos puestos apenas cuesta treinta reales, y bastan ocho ó diez reales de capital diario para sostener el tráfico.

El desempeño es poco complicado, y no exige de parte del cocinero un largo aprendizaje. Con echar mano de veinte libras de conchas, diez cuartillos de agua y seis cuartos de carbon y dejarlo hervir un gran rato, queda hecha la operación culinaria. Como se comprenderá, el producto de este cocido desprende un perfume desconocido en las casas bien arregladas.

El consumidor presenta unos cuantos pedazos de pan, y el cocinero los sumerge en el cocimiento y los retira al cabo de unos minutos, los pone en un plato de barro, les echá una cucharada del líquido, añade una docena de conchas, y según sea ó no vilis, vierte sobre el plato una cucharada de sebo ó de aceite que tiene mucho de rancio.

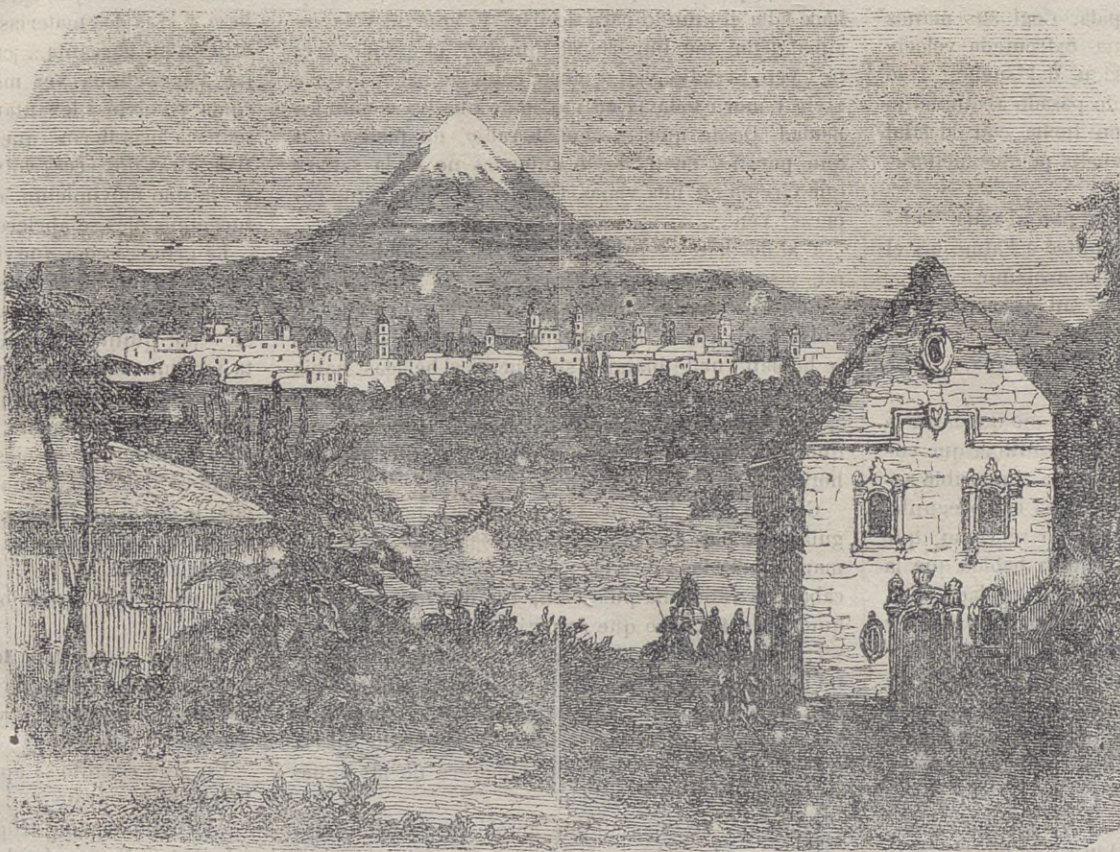
El compañero obligado de este festín es un puerro gigantesco, que el consumidor come crudo, sirviendo á la vez de entremes y postre.

El total del cubierto varia de dos á cinco cuartos, según el apetito y las exigencias culinaria del consumidor. Esta diferencia consiste generalmente en la mayor ó menor cantidad de sebo ó de aceite que se añade á este singular potaje.

La clase acomodada de Nápoles disfruta de los regalos y de las comodidades comunes en todas las naciones europeas; pero es sabido que las conchas y los macarrones constituyen la base de la alimentación del napolitano.

LAS ANTIPATÍAS.

Existen ciertas antipatías naturales que tienen algo de extraño, de sobrenatural. Hânse visto ciertas personas desmayarse bajo la influencia del olor de las rosas, y delectarse con el de las yunquillas y de las tuberosas; conozco un caballero que entra en convulsion al ver huevos de carpa; una señora que sufre de la misma incomodidad al ver un cangrejo cocido; una jóven que se desmaya al ver un caballero sentado con las piernas cruzadas; un hombre que entra en una especie de enagenación, que llega á veces hasta una locura furiosa, al oír los silbidos de la tempestad y el estampido del trueno. Erasmo, que nació en Rotterdam, tenía tanta aversión hácia el pescado, que no podía ni siquiera olerle sin sentir calentura; y, si damos fé á las palabras de Ambrosio Paré, cierta persona de distincion no veia nunca una anguila en



ORIZABA (Méjico.)

mejanza con el caracol, es el alimento favorito de los consumidores de aquel punto.



LA PRIMERA YERBA DE LA PRIMAVERA.

EL PROCESO DE GALILEO.

II.

Diez y seis años habían transcurrido desde la prime-

da, de la habilidad de que se encuentra mas de una prueba en su conducta. El Papa habia escrito al gran duque Bernardo en términos que eran para Galileo un testimonio de viva fatissfaccion.

En 1630 nuestro héroe concluyó una obra titulada *Diálogo sobre los sistemas del mundo*, empezada diez ó doce años antes, y se dirigió á Roma para solicitar la autorizacion para imprimirla. El *maestre del Sacro Palacio*, á quien competia concederla, era el dominico Riccardi, que por su extrema obesidad era conocido por el apodo del *padre pródigo*. Después de examinar el manuscrito, exigió que la doctrina de Copérnico fuese presentada expresa y exclusivamente como una simple hipótesis matemática, tanto en el exordio como en las conclusiones; revisó las correcciones hechas en consecuencia de sus advertencias, sometiendo además al juicio de una tercera persona, y devolvió por fin el manuscrito revestido de su aprobacion.

Después de nuevas demoras, Galileo acabó por recibir el permiso de imprimir su libro donde quisiera, á condicion de obtener la autorizacion del inquisidor general de Florencia, al cual se enviaron de Roma minuciosas recomendaciones, y la obra apareció en el mes de Enero de 1632.

Hay dos partes que distinguir en este libro: lo que Galileo escribió espontáneamente, y lo que la censura romana le obligó á añadir. El autor se proponia destruir las objeciones de los peripatéticos contra el sistema

de Copérnico, y exponer todos los fenómenos terrestres y celestes que encuentran en la doctrina del movimiento de la tierra la explicacion mas clara, en particular el fenómeno de las mareas.

Esta exposicion está presentada en la forma de un diálogo entre tres interlocutores: los que profesan la doctrina nueva son dos amigos de Galileo, Fr. Sagredo, de Venecia, y Fr. Salviati, de Florencia, á los que quiso honrar con este recuerdo por su buena inteligencia: el tercero es un peripatético, personaje real ó ficticio, que aparece en escena bajo el nombre de Simplicio.

El pensamiento de la obra es sumamente claro: es un alegato en defensa de la doctrina nueva. Al contrario, en el prefacio exigido por Riccardi, Galileo aprueba el decreto de 5 de Marzo de 1616, y repelien-

una comida sin desmayarse. Jamás José Scaligero comió ni bebió leche; otro tanto sucedió á Pedro de Apono. Cardan tenia horror á los huevos; Scaliger al berro; Wladislao Jagelon, rey de Polonia, á las manzanas; y si alguna vez le hacian oler alguna á Duchesne, secretario de Francisco I de Francia, echaba sangre por las narices. Enrique III no podia estar en una habitacion donde hubiera algun gato; el mariscal duque de Schomberg, gobernador del Languedoc, tenia la misma aversion. El emperador Fernando, presentó en Inspruck al cardenal de Lorena, un gentil-hombre que tenia tanto miedo á los gatos, que echaba sangre por los narices solo al oírlos desde lejos. Mr. de Lanere, consejero del parlamento de Burdeos, afirma, en su *Cuadro de la inconstancia de los demonios*, que habia conocido un hombre tan asustado á la vista de un erizo, que creyó, durante mas de dos años y medio, que este animal le comia las entrañas; y que habia visto un gentil-hombre muy valiente acobardarse al ver una rata y no atreverse á arrimar á ella con una espada en la mano. Julio César Scaliger, en sus *ejercitaciones contra Cardan*, dice que un gentil-hombre gascon, temia tanto al son de la *zampoña*, que no podia nunca oírle sin orinar. Hicieron la experiencia con un saboyano que hicieron esconder debajo de la mesa; y apenas empezó este á tocar su instrumento, que los que estaban presentes se apercibieron de su imperfeccion. Hay muchisima gente que tiene horror á las arañas, y, sin embargo, constituyen estas uno de los platos mas delicados de los chinos. Mr. Vangheim, gran cazador de Hannover, se desmayaba, ó se fugaba, al ver un cochinillo asado. El filósofo Chrisipa experimentaba tan profunda aversion hacia las reverencias, que se caia cuando le saludaban; y que parece aún mas extraordinario, Fabricio Campani asegura que don Juan Rol, caballero de la orden de Alcántara, caia en síncope cada vez que oia pronunciar la palabra *lana*, á pesar de que vistiera un traje de lana.

M.

Nota. Advertimos á nuestros lectores que el autor de este artículo no es andaluz ni gascon.



LA COCINA POPULAR DE NÁPOLES.

ra tentativa contra Galileo. El 6 de Agosto de 1723, el cardenal Maffeo Barberini habia sido elevado al trono pontifical bajo el nombre de Urbano VIII, y el cardenal Barberini era amigo del príncipe Cesi, uno de los mas celosos protectores de Galileo, habiendo además en 1620 celebrado, en una composicion en versos latinos, los grandes descubrimientos del sabio florentino.

Creyéndose asegurado por su benevolencia, Galileo fué á Roma á felicitarle por su advenimiento; le habia dedicado una de sus obras, *El Saggiatore*, respuesta espiritual á los ataques de cierto P. Grassi, y en efecto, fué en la capital del orbe católico objeto de la mas cordial acogida. Sus conversaciones con el Papa giraron principalmente sobre el sistema del mundo, pero sin apartarse de una extrema reserva, usando, sin au-

do el reproche de ligereza ó de ignorancia, al cual el decreto había servido de pretexto, «pretende demostrar, dice, que se sabe en Roma y en Italia tanto como en ninguna parte acerca del sistema de Copérnico, habiéndola condenado en buena conciencia.» La verdadera intención del autor se percibe á pesar suyo, aun á través de este enmarañado lenguaje. Además, este prefacio, que hoy parece tan extraño, no admiró á nadie: Roma había acostumbrado al mundo á estos extraños giros.

El éxito fué brillante: un murmullo vago al principio, y bien pronto un clamor ruidoso, respondieron á su aparición. Las corporaciones universitarias, los jesuitas, los dominicos, todos aquellos á quienes la gloria de Galileo eclipsaba, ó á quienes había herido en la polémica; los estacionarios, á quienes toda innovación espanta; los fanáticos, que repudiaban la doctrina solo porque había sido aceptada por los luteranos, se coaligaron sin pensar en ello.

No es esto todo: Urbano VIII, poeta y peripatético, se preciaba de tener opiniones suyas sobre el sistema del mundo, y de haber disputado contra Galileo: se le hizo creer que este le había presentado bajo el nombre ridículo de Simplicio; cosa absurda, pues que Simplicio hace él mismo una alusión muy clara á Urbano VIII, á quien califica de persona muy docta y en alto grado eminente.

El diálogo no fué, sin embargo, sometido á la inquisición: se empezó por promover caramillos pueriles acerca de la ejecución material del libro; se acusó al autor de haber sorprendido la buena fé de los que lo habían examinado; de haber arrancado por artificio ó por engaño la autorización para publicarlo. La acusación se resumió ante los tribunales eclesiásticos, imputándole haber infringido la prohibición que se le había personalmente impuesto en 1616 de sostener y de enseñar «una manera cualquiera» la doctrina de Copérnico.

Desde que el libro fué entregado al juicio de la inquisición, se prohibió al librero su distribución y venta, y en el mes de Octubre de 1632 Galileo recibió la orden de trasladarse á Roma y presentarse al comisario del santo oficio. Él, por su parte, eludió todo lo que pudo esta orden; pidió é hizo pedir por medio de sus amigos que el negocio se ventilase en Florencia; para retardar la época de la comparecencia alegó el rigor de la estación, el mal estado de su salud, una oftalmía que pocos meses antes le había impedido trabajar; se mostró hasta humilde y suplicante, empleó toda clase de miramientos, y demandó gracia; pero se insistió, fué preciso ir.

Sus amigos, sobre todo los de Roma, estaban inquietos respecto del resultado del proceso; hubieran querido verle tomar el aire, según las palabras del embajador de Toscana, Nicolini. Galileo, muy asustado al principio, se resolvió á afrontar el proceso; esperaba confundir á sus adversarios. Dejó á Florencia el 11 de Enero de 1633, llegó á Roma el 13 de Febrero y por orden del gran duque fué alojado en la embajada.

(SE CONCLUIRÁ.)

COSTUMBRES.

LA GENTE DE PLUMA Y LETRAS.

CUADROS AL PASTEL (DE LIEBRE). EMBORRONADOS POR UN SERVIDOR DE USTEDES.

Tomo II.—Libro II.—Parte 2.^a—Art. 2.^o—Cuadro 2.^o, etc.

¿Tienes algo que hacer, ciudadano lector? ¿Tienes que asistir á algun club, ó meeting, ó manifestación, ó asociación, ó comisión ó junta?

—Nada de eso.

—Pues vamos á visitar á otro individuo de pluma y letras.

—Vamos, pues.

—Cuidado con tropezar. Madrid está intransitable con tanta obra.

—¿Obras?

—Sí, de demolición; todo es *obrar*. No siempre se obra bien, ni todas son obras maestras, pero en cambio son obras de caridad, pues dan de comer á infelices trabajadores, (?) que tardan tres días en trasladar una piedra de un lado á otro, y cuatro meses en derribar edificios pequeños y ruinosos.

—Siempre criticon! Vamos á ver á ese literato.

—Ya hemos llegado; y ahora, usando de las mágicas atribuciones que la costumbre me concede, hagámonos invisibles é impalpables.

—Qué me place, con esto podré...

—Nada, ciudadano; nada mas que oír, ver y callar. Entremos: casa magnífica, cuarto principal.

—¡Y magnífico! ¡Qué lujo!

—¿Tú que te has figurado, que entre la gente de pluma y letras no hay mas que pelagatos como yo? Nada de eso.

Sientate en ese rincón del despacho, y esperemos á que venga el héroe de nuestro cuadro.—Aquí vamos á pasar toda la tarde.

—¡Canario!

—Cuando tengas hambre, iremos á la cocina, comeremos lo que allí veamos, y en nuestra calidad de invisibles quedará impune nuestro delito y echarán la culpa al gato.

Llega en esto el hombre objeto de nuestra visita; es un caballero bajo y rechoncho, con ojos saltones y gesto avinagrado.

Da varios paseos por el despacho, cierra cuidadosamente la puerta y exclama:

—La prensa se ocupa de mis obras, las ensalza y las recomienda; solo ese pícaro de papelucho, cuyo nombre quema mis labios, se ha atrevido á decir que mi última novela es un tegido de disparates y barbaridades escrito en mal castellano... ¿Y todo por qué? porque no he querido regalarles un ejemplar. Pero ahora los voy á confundir á todos con mi colección de poesías. Vaya una cosa magnífica (hojea varios papeles) verdad es que no los he escrito yo; pero son mías, si señor, y nadie podrá negármelo. Tengo cuatro ó cinco poetillas hambrientos á quienes compro odas, romances y sonetos sobre asuntos que les encargo. Los pago, firmo las poesías y las publico—aquí no hay engaño. Tengo un reloj que he comprado: le pongo mi nombre y apellido en una tapa; yo no le he fabricado, pero es mío. Lo mismo me sucede con las obras que doy á la prensa; las compro y son mías, y pudo jurarlo. Además, soy tan escrupuloso, que en mis obras digo, por ejemplo, colección de poesías de D. Juan Blanco, en lugar de decir por D. Juan Blanco. En esta colección que voy á publicar hay dos ó tres poesías escritas por mí, y la mejor es esta que traigo entre manos.

¡Es original! á nadie se la ocurrido dirigir versos al alcornoque; todos se han burlado de este árbol indefenso y útil. Yo voy á ser el primero que le dirija mi canto. Vamos á trabajar... si me dejan.

(Se sienta, se pone las gafas, saca varios papeles, prueba varias plumas, y cogiendo un papel lee con énfasis.)

AL ALCORNOQUE.

«Tronco infeliz desnudo y sin verdura,
Imágen fiel de un desgraciado amor,
Si marchitó el invierno tu verdura,
A mí también me destruyó el dolor.»

¡Cáspita! me parece que hay mucha verdura aquí... una sobra... veámos.

Si marchitó el invierno tu...

galanura es muy largo... tu donosura... también: tu... figura, no... tu hermosura... eso, eso, (oyése un fuerte golpe en la puerta del despacho, suelta la pluma y se levanta.)

—Vamos! ya empezamos... (ábrese la puerta, entra una señora agitada y descompuesta.)

—Juan, esto no puede quedar así.

—¿Qué te sucede, esposa?

—Acabo de leer en *La Correspondencia* que la de Sanchez dió anoche una reunión.

—Y qué?

—Comó! No habernos convidado? No habernos avisado siquiera, cuando el día de tu santo la convidamos á ella, y á fé que fué la que mas dulces comió y la que mas... vamos, esto es insufrible. Nécia, orgu-

llosa! Qué es ella? la hija de un tenderillo de mala muerte, que ahora se da mucha importancia, y según malas lenguas...

—Bueno, bueno, déjame ahora escribir...

—¿Me prometes dar el jueves un té literario?

—Sí, mujer.

—¿Y no convidarás á la de Sanchez?

—Nó, mujer.

—¿Y pondrás en *La Correspondencia* que estuvo magnífico y brillante, y aquello de los honores y de mi amabilidad?

—Sí, pero déjame y que nadie me interrumpa. (Váse la señora, D. Juan cierra la puerta y vuelve á sentarse.)

—¡Qué mujeres! en fin, volvamos á mi obra maestra:

«Si marchitó el invierno tu hermosura

A mí también me destruyó el amor.»

Magnífico. Ni Quintana hace versos mas robustos ni sonoros. Prosigamos:

Mas al venir la rubia primavera...

Esto de rubia no me suena bien... pícaro afán; á mí me gustan las rubias, siempre ando con ese dorado adjetivo en los labios.

Mas al venir la dulce primavera...

Eso es; dulce es mas propio... mas... hoy estoy inspirado.

(Otro porrazo en la puerta del despacho corta su inspiración, y arrojando la pluma, se levanta furioso y abre.)

Es el casero; hombre puntual, amable y hablador... D. Juan modera su cólera, el casero se sienta; D. Juan le paga y empiezan á hablar del tiempo, y de los carlistas, y del futuro monarca, y de las sesiones de Cortes. D. Juan se impacienta, el casero echa un cigarro; y despues de media hora de conversacion se marcha.

D. Juan cierra la puerta y jura no abrir mas, así se arda la casa.

—Esto es insufrible, los hombres de talento debíamos vivir en el desierto... Sigamos.

«Mas al venir la dulce primavera

Galan serás del plácido vergel.»

—Magnífico! divino! (vuelve á leer todo lo escrito.) Yo no sé por qué me valgo de plumas ajenas, cuando sé hacer versos tan magníficos... pero me cuestan har- to trabajo... Sigamos; hoy me sopla la musa.

«Mi aura tal vez...»

No, no... que los críticos son terribles, y este mi aura parece frase gatuna...

«Mi amor tan solo alivio no espera.»

Este verso me suena mal.

«Solo mi amor consuelo no espera.»

Tampoco.

«Solo mi amor ningun alivio espera.»

Divino! Piramidal.

(Va á escribir y se oye otro porrazo en la puerta del despacho.)

—Cuernos! rayos! y tempestades! esto es horrible; pues no abro!

«Solo mi amor, no espera mejoría.»

—No, no era esto.

(Siguen los golpes.)

—Aunque se hunda la casa no abro!

Solo mi amor no puede tener...

(Golpes redoblados.)

—Caracoles! (y se oye llorar á un niño) se habrá puesto malo mi hijo! le habrá sucedido algo! (se levanta y abre la puerta.)

Entra un niño de unos ocho años, llorando.

—¿Qué es esto?

—Ji... ji... ji...

—Vamos, qué te pasa!

—Ji, pi... que me han quitado en el colegio mi caja de soldados.

—Bien hecho, para qué la llevas allí.

—Yo quiero otra caja!

—Bueno, déjame escribir y mañana te compraré otra.

—Yo la quiero ahora; ¡ji... ji... ji...

—Te marchas, ó te doy una mano de azotes.

—Yo quiero soldados; ¡ji... ji... ji...

D. Juan coge á su hijo por un brazo y lo pone en la puerta del despacho; el niño se tira al suelo, patea y sigue diciendo que quiere la caja. D. Juan le pega un pescozon; el niño grita, acude la madre: sale en defensa del niño; D. Juan les deja y vuelve á su despacho; pero se olvida de cerrar la puerta.

La madre se lleva al niño, vuelve á reinar el silencio y D. Juan sigue su interrumpida obra maestra.

—Los hombres de talento no debíamos tener familia... esto es atroz: venid, ¡oh musas! á consolarme... veamos: decía que... maldito chico... ah! ya recuerdo...

«Solo mi amor ningún alivio espera.»

Ahora es preciso terminar esta estrofa con un verso de efecto, levantado, sublime...

«Ni habrá remedio para mi desgracia cruel.»

Me parece un poquito largo.

«Ni encontraré alivio á mi pena cruel.»

También es largo.

«Y mi pena será cruel.»

Este es muy corto... Veamos... hablo de primavera, el alcornoque florece en Mayo... si yo pudiera aludir á esto... (Medita algunos instantes. Mientras tanto la criada se asoma á la puerta del despacho; al ver á su amo tan ocupado no se atreve á llamarle, y empieza á toses desafortadamente.)

—Vamos á ver ahora.

«Solo mi amar ningún alivio espera,

Ni Mayo habrá para mi mal cruel.»

Esto es divino! sin embargo, este mal cruel...

—Señoritu!

—Mal cruel... pena cruel... para mi dolor...

—Señoritu!

—¿Qué es eso?

—Dice la señora que de qué quiere V. la sopa.

—De demonios!

—Peru...

—Vete ó te tiro el tintero... Esto es insufrible, insupportable! los hombres de talento no debíamos comer. Adios musas, adios ilusiones, piense V. en hacer versos, en correr por el florido campo de la fantasía, cuando el chico llora y la criada me pregunta qué clase de sopa quiero.—No escribo mas... malditos sean los versos... Los compraré hechos... y me ahorraré todos estos disgustos.

Rompe los papeles, se pasea agitadamente y asomándose á la puerta del despacho, exclama con voz de trueno:

—Quiero sopa de arroz.

Termina el cuadro, y termina, amado lector, la molestia que te he causado. ¿Dices que no ha sido molestia? Me alegro, entonces otro día te presentaré otro cuadro.

FERNANDO COSTA.

(Se continuará.)

EL RELOJ DE JUANITA.

I.

En el año de 18... Antonia, la señora de Quintana, nuestro ilustre poeta, estaba en Salamanca, donde el vate y noble patricio se habia educado, y en cuya Universidad literaria habia formado su inspiracion juntamente con Melendez, Alvarez, Cienfuegos, Lista, Nicasio Gallego, Iglesias, Javier de Búrgos y otros varones de gran importancia, contemporáneos todos.

Estaba encomendado velar por ella al prefecto de Salamanca, y Thiebault, jefe de la division expedicionaria, solia considerarla mucho y hacer de ella las mas envidiables ausencias.

Pero si Thiebault la consagraba esta consideracion, hubo un hombre que, precipitándose en la mas exaltada pasion que pudiera caber en un corazon distrai-

do y ocupada mente, la consagraba un afecto tiernísimo, un amor apasionado.

Era bellísima y joven ella; él audaz, de un corazon tan fácil á la bravura de militar de que siempre se lisonjeaba, como á la docilidad de enamorado, de que hacia alarde entre las donosas mujeres de Castilla.

Blasonaba de noble; era altivo como su propósito; intrépido como la posicion que ocupaba, y dulce como el colorido de la mision que iba realizando.

Estas dotes formaban el carácter del general Marmont, duque de Raguse, que estaba al frente del ejército que hubiera de quedar derrotado en la célebre batalla de Arapiles.

Mil veces solicitó de la joven esposa dulce, cariño, otras mil le hizo ofertas, la prometió que recaeria la corona ducal en los frutos del amor deseado; empero Antonia no solo se hizo sorda á toda insinuacion, sino que rechazaba al duque y se creia ofendida al declararse el amante enternecido.

No era entonces Quintana tan formidable enemigo de los franceses; como la mayoría de hombres eminentes de aquel tiempo, era afrancesado, y algo debió influir en su ánimo la pasion del duque de que tuvo noticia, para decidirse contra los invasores, sintiendo el deseo de conservar la propiedad patria por el deseo de la propiedad mujer, que tanto la una como la otra quisieron conquistarse los franceses, y particularmente la segunda el mencionado duque.

Yo no sé á qué se deba, lo cierto es que Antonia fué muy desgraciada; y no lo merecia, en verdad, siendo aun hoy mismo un misterio su muerte, que los biógrafos no trataron de descorrer.

Cuando la buena pretendida llegó á convencerse de lo difícil que era su situacion y los peligros fáciles con hombre de ingenio, amor y abundantes recursos de todo género, sacrificó el sentimiento mas natural de la mujer á la virtud mas natural de fiel esposa.

Hízose amiga é intimó bastante con la mujer mas bella que habia en Salamanca, y que por su posicion y hermosura, siendo á la vez soltera, podria enamorar al duque y distraerle del objeto en que se habia fijado y que hubiera de atormentarle cada día.

Juanita, que tal era su nombre, tenia empero relaciones con un capitán francés, jovencito, de buena presencia y de unos bigotes rubiosca paces de ilusionar todas las mujeres que lucieran su talle en aquellas poéticas riberas que baña el Tormes.

Cuando Juanita vió en casa de Antonia al duque de Raguse, brillaron sus ojos y mostró la complacencia mas íntima y cordial que pudieran haber esperado el duque al conocerla y Antonia al desear que diese fruto la entrevista.

El bueno del duque casi se creyó amado y hubo de lisonjear su vanidad de gran señor, al que se rendian las mas codiciadas mugeres del país.

Antonia casi sentia que tan buen resultado diera la entrevista, porque su corazon tenia cierta salsa de egoismo; era como el perro del hortelano, que ni come las cosas ni las deja comer.

Juanita ignoraba el propósito de Antonia y le halagaba que podria enamorarse de ella el duque.

Como quiera que el duque hizo ostentacion de galante, Juanita pensó para sí.

—Ay mis bigotes rubios! ya os veo sobre el labio de un coronel si agrado al general.

Por dónde se vé que Juanita solo deseaba dar grados y empleos al capitán de los bigotes rubios, de quien estaba enamorada.

El duque llegó á enamorarse de Juanita, cuya afabilidad y graciosa coquetería se hacian mas estimables que el melancólico semblante de Antonia.

Pero en cuanto familiarizaron, le dijo Juana.

—Una gracia tengo que pedir, aunque difícil que me la concedais, general.

—Cuanto en mí esté, querida niña.

—Papá tiene celos de que Mr. Mew me ame, cree que es poca su posicion todavia, ¿no le podríais hacer coronel?

—¡Ola! le quereis por lo visto.

—Mucho! ¡es tan guapo y tan bueno!

—Pues yo le colmaré de honores, buscando ocasion en que pueda merecerlos pronto; pero envidia la dicha de Mew.

—¡Vaya, general, no seais tan enamorado, ni ha-

gais mal recuerdo de tan bellas mujeres como os prestarán admiracion y sorprenderán á vuestra sonrisa en el país donde vuestra juventud se deshiciere en galanteos!

—De veras que le envidio, porque ha de ser dichosa el alma que logre hacerse objeto de vuestro cariño; pero á fuer de hidalgo, como los vuestros de Castilla, que hé de estimarle mas para grangearme vuestra simpatía. Mañana mismo le daré una comision, que luego despues de cumplida, obtendrá un grado.

—¡Cuánto os lo agradezco! Ah! pero os suplico que ignore ser vuestra galantería el movil.

—Lo supondrá.

—Suponerlo, me place; saberlo, me desagradaría.

—El duque sintió pesar de no ser preferido, pero aún no era bastante intenso su amor para que fuera grande su pesar.

Al día siguiente se oyó desde un balcon de la calle de la Rua:—No temas y cuando vengas te alegrarás de haber salido.—Pero si tardaré cuatro ó seis días...

—¡Que serán siglos, eh! ¡picarillo!

Mr. Mew llevaba la comision de inspeccionar el camino por si se formaban guerrillas de Salamanca á Tordesillas, en la provincia de Valladolid.

Pero en su itinerario debia pasar por Toro y no entrar en Zamora.

Llevaba veinticinco hombres para escudar un encuentro cualquiera, provistos perfectamente de municiones, y una orden del general para que las autoridades del municipio le dieran auxilio si hubiere menester y alojamiento.

Salieron los veinticinco de caballería, y como atravesaron los montes separándose del camino y fueron desparramados, no era creible que llevara mensaje, sino una expedicion inquisitoria.

La noche del día siguiente se apearon en Peleagonzalo, á orillas del Duero y cerca de Toro. Toda la mañana y casi la tarde, recorriendo el monte de la Reina, donde era fácil un encuentro, llegaron sin novedad á Tordesillas; se apearon en la ermita que está á un kilómetro corto de la poblacion, y el capitán Mew hizo el itinerario de ida.

JULIO DE MENDOZA Y PALAFOS.

(Se continuará.)

SECCION CIENTIFICA.

FABRICACION DE LA CRISTALERÍA.

Para fabricar cualquier objeto de vidrio, el obrero se sirve de un tubo de hierro de metro y medio de largo que se sumerge muchas veces en el vidrio fundido para poder recojer una cantidad, cada vez mayor, á medida que la operacion se repite y que se reúne ó aglomera en la extremidad. Despues sopla por el tubo para hacer tomar al vidrio la forma de un globo: luego lo levanta y el globo se aplasta; lo vuelve á bajar, y el globo toma la forma de un corazon. En seguida mueve el tubo de un lado á otro como una péndola, de modo que el globo de vidrio se alargue ó extienda en forma de cilindro. Se abre este cilindro, se le enfria por medio de un movimiento de rotacion y se le separa del tubo, colocando una gota de agua sobre el punto en que está unido. Un golpe dado al tubo produce la separacion. Se abre el cilindro por el otro lado, rodeando el punto por donde se hace la abertura con una gota de vidrio fundido que se extiende y que determina un corte muy liso, á consecuencia de la propiedad que tiene el vidrio caliente de hendirse en un punto determinado cuando se le toca con un cuerpo de una temperatura diferente. Se le calienta de nuevo por igual. Se corta en seguida el cilindro á todo lo largo, con la ayuda de una gota de agua colocada en la parte superior, por donde se hace pasar un hierro enrojecido. Despues se allana cada lado con una regla de hierro, que hace bajar, con su peso los bordes levantados del cilindro. En seguida se dejan enfriar los cristales así obtenidos, y pueden usarse ya.

El procedimiento para la fabricacion de los vasos, jarros, etc., es análogo al que acabamos de describir.

Salvo algunas modificaciones de detalles, algun

cuidado particular y diferente disposicion en los hornillos, la fabricacion de las lunas de espejo sigue la misma marcha. Las materias que para esto se emplean son 300 partes de arena cuarzosa muy blanca, 300 de raeduras de cristal, 400 de carbonato de sosa bien seco (mucho mas que para el vidrio, para dar mayor fusibilidad al cristal), y 43 de cal apagada. Otra operacion especial es el pulimento. La fabricacion del vidrio para botellas exige materias poco costosas. La cantidad varia segun los casos; 400 partes de arena ocreosa que contenga óxido de hierro y que hace mas fusible el vidrio; 40 á 60 de sosa, que con 30 ó 40 de cenizas de maderas, produce los carbonatos alcalinos; 150 á 180 de cenizas lavadas que dan silicatos de alumina y de potasa; 80 á 100 de arcilla ocreosa y 100 á 150 de trozos de vidrio y de botellas. Se hace marchar la operacion con prontitud, sobre todo la fusion, y se procede luego del mismo modo, reuniendo al extremo de un tubo el vidrio fundido y haciéndolo girar mucho para formar el gollete de la botella. Se sopla en seguida por el tubo y el vidrio toma la forma de un huevo; despues se calienta y se introduce en un molde de barro ó de bronce que da la forma y las dimensiones que se desean. Se retira en seguida la botella y se forma el asiento con un pequeño rectángulo de metal sobre el cual se da vuelta á la botella con el tubo. Luego se separa esta y se forma el reborde del gollete con un hilo de vidrio líquido. Despues se recuece.

SECCION AMENA.

Como están los tiempos tan *climáticos*, nada de extraño es el siguiente discurso histórico, que he oido hace pocos dias á una moza de chapa, hablando con otra:

—Hija, como no hay *trebajo*, ni en los caminos, ni en las *ofecinas*, ni en *denguna* parte, mi marido ha to-

mao una *indeterminacion* y *va y coge y váas*. ¿Sabes lo que ha hecho? Pues *miá tú*, el *probe*, *sa compra* un *guitarro* y *sa echao á ciego*.

Un sastre reclamaba á un elegante el importe de un traje, que el segundo se obstinaba en no abonar.

—No le he *llevado* sino dos veces, dijo el *dandy*.

—Pues bien, ya que no puede ó no quiere V. pagarlo, me conformo con que me lo devuelva V., dijo el sastre montado en cólera.

—Es imposible.

—Pero, ¿por qué?

—Oigame V., repuso el interpelado. La primera vez lo llevé á un baile, y volví con él á casa; pero la segunda lo llevé al Monte de piedad, y allí se ha quedado.

—Jóven: ¿sabe V. cómo se llamaban los insignes republicanos derrotados por Octavio y Antonio en la batalla de Filipos?

—Sí, señor; uno de ellos, Casio; y el otro... ¿cómo se llamaba el otro? Si soy tan desmemoriado, y tan...

—Bruto, hombre, Bruto!

ÉL Y ELLA.

Drama inédito en veinte renglones desiguales. Decoracion de calle, alumbrada por la luna de Valencia, ó por cualquiera otra.
(«Él» en la calle: «ella» desde el balcon. Es de noche; pero sin embargo no llueve.)

—¡Adios, por siempre adios, pérfida Julia!

¡Maldita la tertulia,

En que te vi y amé cual un borrego,

Para de amores ciego

Buscar hoy en la muerte mi descanso!
¡Por tí voy á morir!

—¡Valiente ganso!

Vamos, vete por Dios, que estoy desnuda,
Y el relente comienza á darme frio.

—¿Ves aqueste puñal? Su punta aguda
Desgarrará muy pronto el pecho mio.

—Ó te vas, ó me voy.

—Por tus enaguas,

Por aquel perro de aguas
Que hace un mes te compré por quince reales.

Júrame al punto aquí, cual es debido,
Que á ningun militar darás tu mano.

—Por mi fé te lo juro; mas te pido

Que te vayas.

—Me voy. Por fin te dejo.

Adios, mi Julia, adios. Eterno luto

Mi tumba cubrirá.

—Muy bien, Alejo.

—(Y esto es una mujer!)

—(¿Qué hombre tan bruto!)

Apenas se retira el galan, llega un militar que sabe gimnasia.—Cae el telon.—Aplausos.—Esta obra es propiedad de su autor y no la venderá á ningun editor.

MADRID.—1869.

IMPRENTA DE NOGUERA,

Bordadores, 7.



El inventor del Aceite de Bellotas

AL PUBLICO EN GENERAL.

Cuando un capital de tiempo, desvelos y dinero ha constituido la obra que el individuo se propone, da derecho á su propiedad; todo plágio ó falsificacion se considera como un robo. El *Aceite de Bellotas* de mi invención, para los cabellos, «que mas de 200 periódicos han recomendado» se ha tratado de falsificar, haciendo groseras composiciones, plagiando mis etiquetas, imitando mis frascos, etc., etc.

A la humanidad entera diré, que el secreto de fabricacion y materias que componen este precioso cosmético medicinal no ha sido revelado á nadie, absolutamente á nadie: desconfíese por lo tanto del que no se venda en la calle de las Tres Cruces, núm. 1, cuarto principal, (frente al Pasage de Murga), *almacen de la fábrica*, á 6, 12, y 18 rs. frasco, único depósito en Madrid: mi nombre está grabado en las etiquetas y en los frascos: mis prospectos timbrados para conocer el legítimo, que es este, del falsificado.

A los falsificadores les aplicaré el soneto, en su parte relativa, que García Lopez dedica á los plagiarios:

«Ratero del Parnaso, bardo huero;
Petrarca en comision, sabio anarquista,
del divino jardin contrabandista
Judas del arte, sacristan de Homero;

Acólito del genio verdadero;
de ageno capital capitalista;
conquistador sin medios de conquista;

Moreto de carton, Tasso de cuero;
Detén tu audacia ya; de tu delito
se ocupan, rebuscándote un fracaso,
cuantos aman del arte lo infinito;
Y por cerrarte para siempre el paso,
se ha mandado á las Musas por escrito
que haya guardia civil en el Parnaso.»

El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el globo.

Nota. Desde 1.º de Marzo de 1869, se han adoptado nuevos frascos de cristal ingleses, de 20 por 100 mas de cabida, en obsequio al público que tanto nos distingue.

Dirigirse al nuevo almacen, calle de las Tres Cruces, núm. 1, cuarto principal. Por mayor se hace 25 por 100 de descuento.

ACEITE DE BRÓTANO (Abrotanum).

Todo el mundo sabe que una cabeza calva ó parcialmente desnuda ha sido considerada siempre en el mundo como una imperfeccion que se ha tratado de combatir ó de ocultar; pues bien, hoy merced al *Aceite de Brótano* se puede con solo su uso hacer nacer el cabello en cualquier parte del cuerpo, impidiendo radicalmente su caída; da fuerza al endeble, limpia de caspa la cabeza y da buen color al cabello, usándole segun indica la *Reseña histórico-higiénica* que acompaña á cada bote, nace la barba, cubre los claros y hace flexible las barbas mas fuertes, siendo un *Cosmético* para los niños de cabello lacio y enfermizo.—Precio 5, 7 y 10 rs. frasco.

Calle de Carretas, núm. 31.

CHOCOLATES.

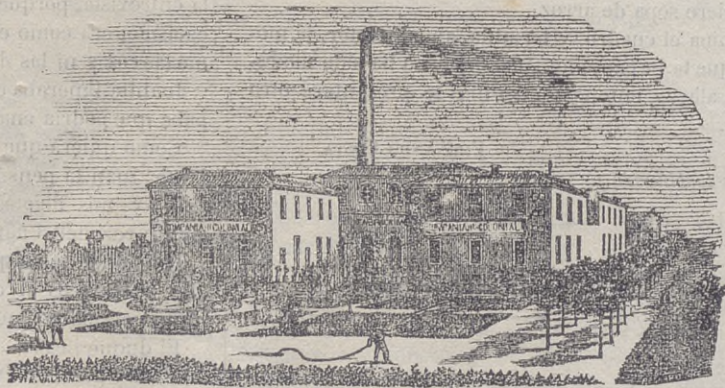
FÁBRICA MODELO

DE LA

COMPañÍA COLONIAL.

14 AÑOS DE EXISTENCIA.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.



VISTA DE LA FÁBRICA MODELO.

CAFÉS, TÉS, TAPIOCA

DE TODAS CLASES.

Depósito general, calle Mayor 18 y 20.—Madrid.

SUCURSAL, MONTERA, 8.

En la Administracion de este periódico se necesitan comisionados viajeros para provincias. Para tratar de condiciones dirigirse á la misma, calle de Prim, núm. 33.